

hacer harina con dos muelas de piedra que la mano pone en movimiento. Además elaboran el pan, preparan las comidas, cuidan de los hijos, tejen las rudas telas de que se visten y los tapices y la lona de sus tiendas de campaña.

»Cuando la tribu se pone en marcha, las mujeres se colocan de dos en dos en el *hodedj*, especie de cesto sujeto al lomo de un camello; este cesto es de ramas de laurel; el fondo está cubierto de una piel de carnero, y por la parte superior lleva una tela que resguarda á las viajeras del viento y del sol. Acurrucadas en esta caja, se ocupan de sus quehaceres moliendo el trigo con sus pequeñas muelas y preparando la masa cotidiana; de modo que al primer descanso, hacen cocer el pan en el rescoldo ó en un pequeño horno, y á veces en un hogar hecho de tierra, sirviéndose para combustible de los excrementos de camello.

»La tienda del jefe se coloca en el centro y las de los hijos casados á derecha é izquierda; siguen después las de los demás parientes, y por fin las de los servidores. Colócanse los caballos delante de las tiendas, á fin de servirse de ellos á la más ligera alarma, y tenerlos siempre á la vista: después de ellos y en otra línea están colocadas las vacas, los dromedarios, los camellos, las ovejas y cabras, apriscando estas últimas en un recinto de tela.

»Con mucha frecuencia se alinea circularmente á los camellos en torno de la tienda de los guardianes; y más allá del campamento se levantan algunas tiendecitas de campaña, para la gente que pasa la noche de centinela.

»Todas las tiendas son poco altas; de modo que es imposible estar de pie en ellas, excepto en el sitio central: su forma es siempre cuadrada, y nunca circular; pueden cerrarse en todo su contorno; pero es general dejar abierta la parte que mira al Norte, para recibir la brisa fresca que sopla de este lado. Fabricanse de pelo de camello y de cabra, siendo la tela tan tupida, que la lluvia y el rocío resbalan por ella, sin penetrar nunca en el interior, lo cual preserva á la gente de las lluvias, del viento y del sol.»

Completaré esta descripción indicando el mueblaje, bien rudimentario por cierto, que cada una de ellas comprende. Redúcese á los objetos estrictamente necesarios á la vida nómada, como por ejemplo, ante todo, las armas, descollando entre éstas una lanza de tres ó cuatro metros de largo; después una placa de hierro para cocer el pan, una caldera para los

alimentos, una cafetera para el café, un mortero en qué molerlo, un odre destinado á sacar agua, algunos vestidos y ciertas frioleras. Cualquiera comprenderá fácilmente que una gente, cuyas necesidades se reducen á esto, no puede haber tenido nunca dominadores.

III

VIDA DE LOS ÁRABES SEDENTARIOS DE LA CAMPINA

Vida social.—La Arabia, así como las comarcas vecinas, ha poseído siempre ciertas poblaciones agrícolas que vivían en los campos situados á gran distancia de las ciudades, y que sometidas de continuo á la eficacia del mismo centro social y geográfico, y encerradas en un círculo de tradiciones y costumbres, no hicieron otro cambio importante que el de abrazar otra religión. Es necesario estudiar particularmente estas poblaciones, si se quiere comprender el origen de algunas instituciones que el Corán contiene.

Entre las poblaciones, todavía numerosas, que sería fácil tomar como tipo, escogeré á los Arabes semi-independientes que viven en el Haurán, hacia los confines del desierto de Siria, cuya gente ha sido muy bien estudiada por Mr. Le Play en su interesante obra sobre los trabajadores de Oriente, y que tiene para nosotros la ventaja inapreciable de mostrarnos de qué modo unas poblaciones tan diferentes en costumbres é intereses, como los sedentarios y los nómadas, pueden vivir en contacto, y qué instituciones han nacido de él.

Aunque no residan en la Arabia propiamente dicha, las poblaciones cuya vida social voy á estudiar son de raza árabe. En efecto, sabido es que poblaron el Haurán poco después de Jesucristo unas tribus árabes (Kahtanidas, según Wetzstein), procedentes del Sud de Arabia; las cuales formaron la monarquía de los Sehilihidas y después la de los Ghasanidas, bajo el protectorado de los Romanos. Sabido es que Felipe, uno de estos Arabes de Haurán, llegó á ser emperador romano en 244, y que el reino árabe de los Ghasanidas subsistió quinientos años, no quedando destruido hasta que los sucesores de Mahoma se lo anexionaron. A los Ghasanidas se atribuyen las construcciones gigantescas que se hallaron en el país, y particularmente las de su antigua capital Bosra. Todavía se ve en ellas varias inscripciones en

caracteres de los llamados sabeos, nombre sacado del de la lengua que hablaban ciertas tribus de Arabia.

Los Arabes de Haurán, que residen cerca de Bosra, se dividen en sedentarios y nómadas, pero los nómadas no parecen sino durante el buen tiempo, desapareciendo en invierno para recorrer la Mesopotamia ó el valle del Jordán.

Los habitantes sedentarios viven por grupos de varias generaciones de parientes, bajo la autoridad patriarcal de un cabeza de familia: organización, como se ve, correspondiente á los primitivos tiempos de la tribu.

Todas estas comunidades son agrícolas, y atendido que la población es corta, comparada con la gran superficie de las tierras cultivables, cada una de aquéllas no explota más que una parte del suelo. La propiedad es común á todos los habitantes de la aldea ó villa, siendo el pedazo concedido á cada uno proporcionado al número de bueyes que posee. Los cereales, que cada comunidad cosecha, sirven ante todo para alimentar á los bueyes y camellos, y el excedente se vende á los nómadas del desierto, ó á mercaderes de Damasco; bien que á veces se exporta en caravanas al litoral de Siria, de donde lo embarcan para Europa.

Todos los productos pertenecen á la comunidad, excepto algunas rentitas de diferente origen que poseen algunos particulares, y de los cuales disponen á su albedrío.

En esta región apenas existe industria: los habitantes fabrican pocas telas, y toman las que necesitan de los mercaderes de Damasco que van á comprarles los cereales.

Cada comunidad está formada por varias familias.

«Como el régimen de ella, dice Mr. Delbet, reúne á un gran número de personas bajo un mismo techo, un solo nombre personal no bastaría á designar claramente á los individuos; y para obviarlo se dice: *fulano, hijo de zutano, padre de mengano; ó fulana, madre de zutano; con frecuencia en este último caso se dice simplemente: el padre de mengano, ó la madre de zutano*, sin pronunciar el nombre propio de la persona de quien se trata. Pero cuando entre los hijos no hay varones, no se emplea nunca aquel modo de designar, pues sería injuriar á un marido recordarle que no tiene hijos de su propio sexo. Los nombres de familia existen tan sólo para aquellas que cuentan entre sus antepasados alguno que adquirió gloria y fama dignas de enorgullecer á sus descendientes; y aun

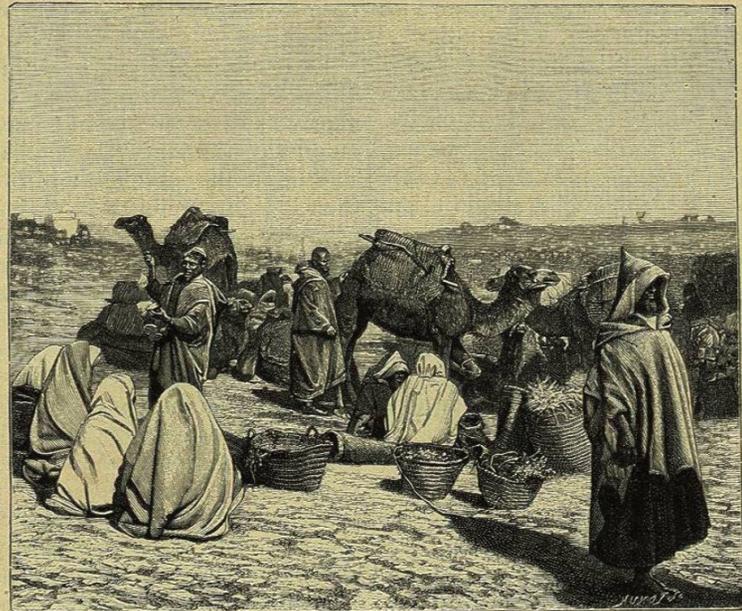
así y todo no suele llevar el apellido de la familia sino el jefe de ella, por más que pertenezca á todos los individuos de la misma. Las diferentes familias de cada comunidad constan, junto con los criados, de una treintena de personas, que están colocadas bajo la autoridad del más antiguo jefe de la familia. Las mujeres se ocupan exclusivamente en los quehaceres domésticos; siendo tratadas con mucha benignidad, aunque se vigile cuidadosamente sus costumbres; de modo que si una soltera comete una falta, lo cual sucede raras veces, sus mismos parientes le dan la muerte.»

En el concepto legal, se rigen estos Arabes sedentarios por el Corán y la costumbre, juzgando las divergencias un jeque. En casos de muerte, puede admitir la familia ofendida una compensación pecuniaria; pero con más frecuencia los parientes de la víctima prefieren la pena del talión; de lo cual resulta que se comete una larga serie de asesinatos durante varias generaciones. Así es que las graves consecuencias que una muerte origina hacen muy raro este crimen; y los mismos nómadas en sus correrías, respetan la vida humana, por miedo de quedar expuestos á venganzas hereditarias. El uso de vengar la sangre con la sangre, que parece completamente bárbaro, es en realidad ventajosísimo, puesto que da por resultado cierto impedir asesinatos que se cometerían sin duda bajo una ley más suave; y por esto en todos los pueblos primitivos la pena del talión ha sido la mejor ley, por ser la más eficaz.

Ningún reglamento obliga á los individuos á vivir en las comunidades; las cuales se conservan en virtud de un principio tan superior á todos los reglamentos, como es la necesidad. En las poblaciones donde no puede contarse con la protección de ningún gobierno, el individuo aislado sería tan débil, que no tardaría en desaparecer; lo cual nos explica el motivo de que en todas partes los Arabes vivan agrupados bajo la autoridad de un jefe. Aquellos pequeños grupos no son realmente más que asociaciones indispensables á la existencia de los seres que las componen. La organización de las tribus nómadas de Beduinos está basada en las mismas necesidades; de modo que atendido su invariable género de vida, es evidente que aquella organización no puede cambiar. Además, me parece probable que doquiera han existido comunidades, originólas la impotencia completa del individuo aislado viviendo en una sociedad sin organización sólida; y así desapa-

recieron, ó tendieron á desaparecer apenas un gobierno central pudo sustituir á la comunidad, ofreciendo al individuo la protección que primero aquélla había logrado darle.

Además de los individuos de la familia que compone la comunidad, y que comparten sus beneficios, existe cierto número de criados, consistente en forasteros que van á ganarse la subsistencia, y en individuos sueltos de otras comunidades, con las cuales no corrían bien;



Un mercado en Marruecos.—De una fotografía instantánea

que acabamos de hablar son polígamas, siendo esto consecuencia de necesidades que ya examinaremos en otro capítulo: baste decir que las necesidades son tan apremiantes, que las mismas esposas procuran inclinar á sus maridos á tomar otras mujeres.

Como sucede en todas las regiones cercanas al desierto, ó sea en la mayor parte de la Arabia, la población sedentaria del Haurán está en contacto con los Arabes nómadas, los cuales, no pudiendo vivir únicamente del producto de sus ganados y de la cría caballar y camellar, se ven obligados á dedicarse al pillaje.

Tanto si el mozo se casa con una hija del patrón, como si economiza bastante dinero para casarse con otra, comprar algunas cabezas de ganado y emprender un cultivo por su propia cuenta, aquel estado no es, entre esas poblaciones primitivas, sino una cosa transitoria, destinada á conducir á una posición superior.

Como todos los orientales, las poblaciones de

ó de comunidades disueltas por reveses de fortuna, ó por cualquier otro motivo. Empléase particularmente á estos mozos en las faenas campestres, tratándolos como verdaderos asociados; á cuyo efecto su salario consta de un tanto por ciento, que generalmente es la cuarta parte de la cosecha que su trabajo produce. Además son tenidos por individuos de la familia, y comparten la mesa con ella, viéndose frecuentemente á una hija de la

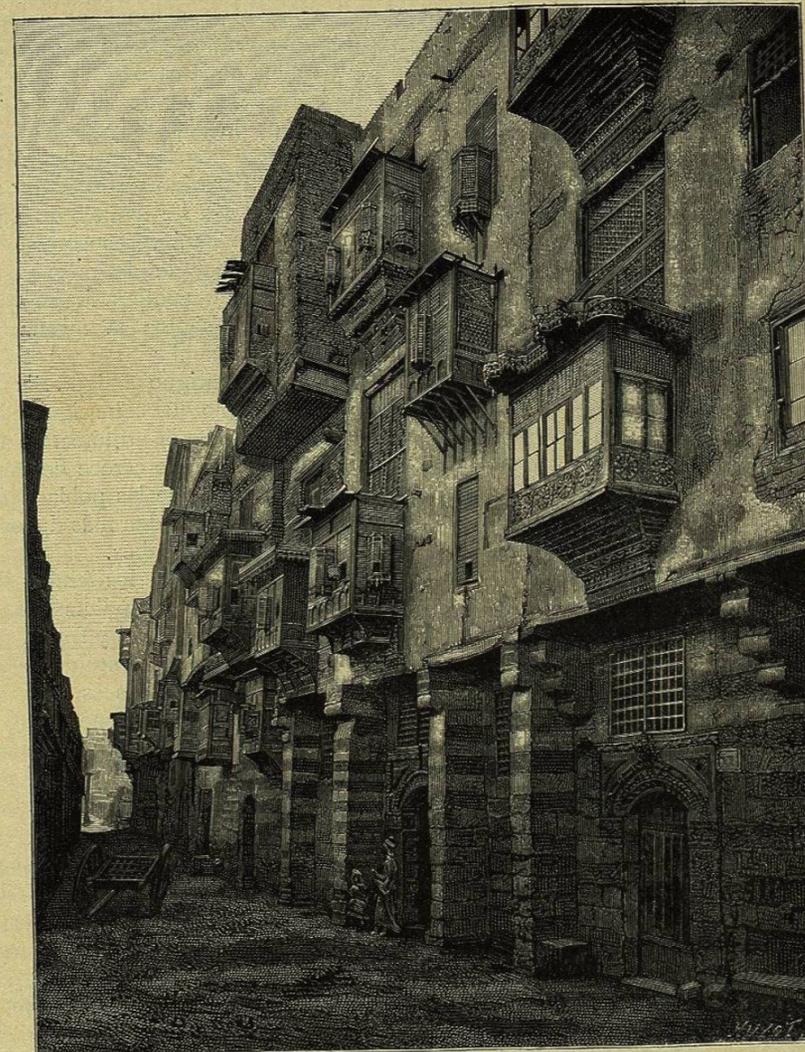
que acabamos de hablar son polígamas, siendo esto consecuencia de necesidades que ya examinaremos en otro capítulo: baste decir que las necesidades son tan apremiantes, que las mismas esposas procuran inclinar á sus maridos á tomar otras mujeres.

Como sucede en todas las regiones cercanas al desierto, ó sea en la mayor parte de la Arabia, la población sedentaria del Haurán está en contacto con los Arabes nómadas, los cuales, no pudiendo vivir únicamente del producto de sus ganados y de la cría caballar y camellar, se ven obligados á dedicarse al pillaje.

Así los intereses de los nómadas y los de los sedentarios son tan opuestos como los de los cazadores y los de la caza; por tener los primeros un empeño especial en comerse á la segunda, y ésta un empeño no menos cuidadoso en no servir de alimento á los primeros; pero

como la necesidad es el más poderoso y eterno factor de los actos humanos, ha llegado fácilmente á conciliar, al menos entre los Arabes, aquellos intereses contrarios; comprando los sedentarios la protección de los nómadas, me-

dianse un tributo anual; y los nómadas protegiendo á los sedentarios á fin de que no falte la paga. Bien es verdad que en resumidas cuentas equivale para el sedentario á renunciar á una parte de la cosecha á fin de salvar lo restante;



Una antigua calle del Cairo.—De fotografía

pero eso equivale en otra forma á lo mismo que punto por punto hace el hombre civilizado; el cual da á una compañía de seguros una cantidad, en representación de una parte de su cosecha, con objeto de garantirla; y al gobierno, otra parte de la misma cosecha, á fin de sostener á la guardia civil, á los jueces y demás empleados que tienen la misión de protegerla.

Como los Arabes de quienes hablo carecen de un gobierno capaz de sostener una policía y un ejército para impedir los merodeos, prefieren subvencionar á los mismos merodeadores, siendo el resultado idéntico, y el gasto parecido.

En cambio del tributo pagado por las aldeas árabes á las tribus nómadas vecinas, éstas se

convierten en aliadas de los sedentarios, y tienen el deber de defenderlos, si otros nómadas los atacan; pero casi nunca sucede, porque ninguna tribu se siente aficionada á meterse en una guerra en que ganaría poco, atacando una aldea protegida por otra tribu.

Las habitaciones de los sedentarios del Haurán son casi idénticas á las que se ve en Siria. Cada casa consta de las habitaciones reservadas á los forasteros, de las correspondientes á la familia, y de diversas dependencias como patios, caballerizas y otras. Las techumbres de las casas son casi siempre azoteas ó terrados; la armazón es de madera, y las paredes de tierra amasada con los pies. El mueblaje se reduce á esteras en las cuales se tienden los moradores á la hora de dormir.

Moradas.—Dejando ahora aparte lo concerniente á la vida social de los Arabes á quienes he tomado por ejemplo, diré algunas palabras de lo que se refiere á la vida doméstica, como morada, alimento, costumbres y demás de los Arabes sedentarios del campo en diversas regiones.

Las casas de las poblaciones árabes de las clases medias é inferiores son doquiera de una extrema sencillez, distinguiéndose mucho en este concepto de las casas lujosas de los Arabes acomodados, que describiremos en el próximo capítulo.

Todas tienen la misma disposición en todo Oriente; pero en los países donde se da á sentir la influencia europea, pierden muchos rasgos de su estilo primitivo, siendo necesario ir á ciertas aldeas de Siria, Argel y Marruecos para ver esas casas blancas, cuadradas, y con terrado, que tienen la forma de un cubo con estrechas ventanas en algunas partes, y que cuando están rodeadas de palmeras adquieren un aspecto oriental muy característico.

Los elementos de construcción de estas moradas, piedra, mortero, etc., cambian naturalmente, según los materiales que se hallan en el país y según las necesidades del centro geográfico; por cuya razón todas las casas de los Arabes de orillas del Nilo están construídas únicamente con el limo de este río, del cual hacen unos ladrillos mezclados con paja machacada y secados al sol. Raras veces tienen esas casas más de tres metros de altura, entrándose en ellas por una puerta estrechísima; y en las de los fellahs más pobres no hay otra abertura que ésta. Las de las personas acomodadas constan de varias piezas, y hasta de varias construcciones inde-

pendientes, como casa-habitación, establos, palomares, etc.; cerrándolo todo una pared de tierra apisonada, cubierta de una capa de cal. Las esteras forman el mueblaje, siendo raro que haya un diván. Los trajes penden de las paredes; las esteras y cobertores que han servido para dormir se arrollan cada mañana, colocándose en vasares empotrados en las paredes. Generalmente encima de la casa hay un terrado.

Haré observar de paso que todas las habitaciones árabes de Egipto, y particularmente el palomar, tienen con las antiguas habitaciones faraónicas un parecido sorprendente; de modo que con frecuencia he tomado de lejos á estos palomares, grandes á veces como casas europeas, por las ruinas de algún templo. El palomar tiene completamente la forma del pylón, y las habitaciones siguen la misma tendencia hacia la forma piramidal que parece la ley arquitectónica del antiguo Egipto. Sin embargo, es el único ejemplo que cabe citar de la influencia de esta última en la arquitectura musulmana; bien que el ejemplo carece de importancia cuando se recuerda que las poblaciones de las orillas del Nilo descienden más de los antiguos Egipcios que de los Arabes.

Alimentación.—La de los Arabes de las clases pobres se reduce á galletas delgadas de pan, y á algunas legumbres y frutas, como plátanos, higos y particularmente dátiles. Pero en las clases más acomodadas es más variada, y muchas veces comprende carne. El plato nacional en Egipto es el arroz cocido con pollo, y en Argel el alcuzcuz, pasta de harina de trigo granulada, que se mezcla con diversas carnes entre las cuales abunda el carnero.

El Arabe más pobre, hasta el nómada, gastará siempre cuanto pueda para recibir á un forastero; y los platos, que en estos casos suelen ser numerosos, se sirven en una gran bandeja de cobre, en torno de la cual los comensales se acurrucan; y como no se usa cucharas ni tenedores, cada cual mete la mano en la masa, cogiendo lo que puede. Generalmente la carne se corta de antemano, se ponen varios pedazos en diferentes platos, y se los arrolla entre las palmas de las manos hasta formar una albondiguilla, teniéndose por un gran acto de urbanidad ofrecerla al invitado, y por una grosería no menos grande rehusarla. Sin embargo, reconozco que cuando ha hecho la albondiguilla uno de aquellos beduinos poco escrupulosos en observar el precepto de las obla-ciones del Corán, el bocado es difícil de tragar.

Terminada la comida, presentan á cada comensal una jofaina con agua para lavarse las manos.

Aunque la cocina árabe es bastante rudimentaria, he tenido ocasión de asistir á comidas donde me han llamado la atención diferentes platos que me eran del todo desconocidos, y que ningún mal papel hubieran hecho en una mesa europea; particularmente diversos pasteles y cremas muy bien confeccionadas. Además, los Arabes son muy hábiles en todo lo que se refiere á confituras y dulces.

La bebida habitual de los musulmanes consiste en agua; pero en Oriente beben con frecuencia, y sin ocultarlo mucho, el raki, especie de aguardiente de dátiles mezclado con almáciga. Es inútil añadir que en las comidas árabes, los hombres y las mujeres comen separadamente. Pero cuando el Arabe está solo en su casa, el padre de familia es servido con todo respeto por sus mujeres é hijas, ninguna de las cuales come hasta que él ha terminado.

Trajes.—Cuando se observa en cualquier periódico ilustrado las variaciones de traje que en un solo siglo se han efectuado en Europa, se ven transformaciones que dan una idea bien extravagante de la movilidad de ideas europeas, y de las caprichosas alternativas que el gusto llega á tener en ciertos momentos. Si, por el contrario, estudiamos los cambios de traje que han verificado los Arabes en doce siglos, hallamos una uniformidad, que si necesario fuese bastaría por sí sola, á falta de otras pruebas, para demostrar la fuerza que las tradiciones tienen en esta raza. Sin duda el traje de los mahometanos dista mucho de ser idéntico en todas las partes de Africa, de Egipto, Siria y Arabia; pero á través de la variedad de formas, se ve con facilidad un gran parecido; pues el traje queda siempre reducido á una especie de túnica y capa, siendo ésta azul ó negra en Egipto, blanca en Argel, y con listas blancas y negras en Siria, etc. La pieza con que se cubren la cabeza es quizá lo que más ha cambiado; bien que sin salir de límites reducidos. En Egipto se usa el fez y el turbante; en Siria el kuffieh,

pañuelo de vivos colores atado á la cabeza con un cordón de pelo de camello; y en Argel el velo blanco sujetado también del mismo modo.

El traje de las mujeres no varía sino en las de la clase acomodada. Entre las pobres se compone generalmente de una larga túnica de tela, ceñida á la cintura, y de un velo que cubre el semblante, sin dejar ver más que los ojos. El vestido consiste en Egipto en una sencilla túnica de algodón azul, sin rastros de corpiño, ni de corsé: artificios que son no sólo desconocidos en Oriente, sino también inútiles. A pesar de esto las mujeres de las orillas del Nilo tienen un porte altivo y majestuoso que recuerda el de las diosas de la Grecia antigua, y deja estupefactos y admirados á los artistas. Cuando se las ve caminar gravemente, con el pecho saliente y los hombros sueltos, llevando con gracia en la cabeza el ánfora, es imposible dejar de pensar que nuestras más hábiles modistas no han logrado jamás, á pesar de sus costosos artificios, dar á una europea un porte tan atractivo.

A fin de no ocuparnos más del traje cuando estudiemos á los Arabes de las ciudades, añadiremos que en las clases más acomodadas, los vestidos, aunque más complicados, son siempre preciosísimos, consistiendo en camisas de seda ó de gasa, en cortas chaquetas, bordadas de oro, anchos pantalones, etc. Cuando las mujeres salen van siempre envueltas en un ancho manto y cubierta la cabeza con un velo.

En conclusión, sería inútil extenderse más acerca del traje entre los Arabes, cuando los numerosos grabados diseminados en esta obra son preferibles á todas las explicaciones. Ya se trate de vestidos, de tipos, de monumentos y de cualquier otra cosa susceptible de figurarse, creo que más bien dibujándola que describiéndola, lograré dar al lector la imagen fiel de esa sociedad oriental, tan diferente de la nuestra, y en la que no puede pensarse, sin que surja en la mente una visión de formas seductoras y de colores deslumbrantes.